

DONDE NO MUERE LA HIERBA

© José Antonio Chic 2016
Todos los derechos reservados

*Nos conocimos allá, en aquel sitio,
allá donde el tiempo no cuenta.
¿Recuerdas?
Donde lo no nacido se abraza,
donde no muere la hierba.*

PREFACIO

Escrito en un lenguaje rico en colores e imágenes, “Donde no muere la hierba” es un canto a la poesía del instante, donde un mero acto cotidiano puede desencadenar toda una reflexión filosófica.

Con una sensible mirada, el autor nos guía en líricas excursiones verbales por temas tan diversos como el destino, la naturaleza, la inocencia de un niño, la sensación de los dedos sobre la guitarra, los fríos ríos de montaña, el lenguaje de Bach, las hormigas rojas de fuego, el llanto del amante herido...

Con una profunda sinceridad y un altruismo contagioso, José Antonio Chic despierta nuestra sensibilidad y se nos revela como una persona con una vida interior muy rica. Abriéndola al mundo, enriquece también la nuestra.

Hopkinson Smith
Basilea, febrero de 2016.

Arriesgarse

Todos, absolutamente todos, tenemos puntos fuertes y talentos.

Tenemos sueños, aspiraciones.

Pero si examinamos nuestra vida, día a día, nos damos cuenta que nuestra manera de pensar, hablar y de obrar no expresan, demasiado a menudo, esos sueños, esos ideales.

Y seguimos navegando en esa falsa comodidad, dejándonos “arrastrar” por la vida, más que viviéndola.

Lo peor que puede sucedernos es que los días, primero se conviertan en meses, luego en años...

Dejando siempre para más adelante las decisiones que sabemos que debemos tomar y, en algún momento triste, muy triste, miremos hacia atrás y pensemos qué fue de nuestros ideales, donde fueron nuestros sueños, en definitiva, qué fue de nuestra vida...

Somos como los peces que no pueden comprender el agua al estar sumergidos en ella.

Por lo general carecemos de una apreciación real de quienes somos en realidad.

Cada uno nosotros es una curiosa y preciosa mezcla de habilidades, talentos, puntos fuertes, conflictos y debilidades.

Para descubrirlos necesitamos estar muy atentos, escucharnos, observarnos y para eso hace falta tiempo para estar consigo mismo y silencio...y lo que es más difícil, arriesgarse.

Arriesgarse a equivocarse, a tropezar, a tener que empezar de nuevo, a dar marcha atrás, a romper con lo que nos impide avanzar.

Las personas realmente extraordinarias, son como las polillas.

Persiguen luces brillantes y lejanas, incluso si eso supone de vez en cuando salir con alguna que otra quemadura.

Así que... ¡ahí están!

¿No los ves?

Son tus sueños, tus ideales.

Todas esas cosas que siempre has querido hacer y nunca te has atrevido.

Te están mirando desde la otra punta de la habitación, en el armario.

¿A qué esperas para levantarte de tu cómodo sillón para recogerlas?

Con el sol en las manos

Me siento muy afortunado de poder decir que en, el oscuro e incierto camino que es la vida, me he encontrado con personas que parece que tienen el sol en las manos.

Son personas excepcionales, extraordinarias, faros dorados que iluminan con su bondadosa luz a los que tienen a su alrededor.

Tienen la prodigiosa capacidad de iluminar nuestras cualidades y ocultar los defectos.

Es tanta su claridad, que son capaces de ver lo que necesitas de ellas en cada momento.

Dejan un rastro imborrable en nuestra vida.

Es irresistible no acercarse: su luz es tan intensa y pura, que nos sentimos sobrepasados por tanta belleza.

Podría ahora abrir mi corazón y decir numerosos nombres: profesores, alumnos, amigos, familiares....incluso desconocidos con los que he intercambiado sólo algunas palabras, una mirada.

No es fácil mantener el sol en las manos.

No tener miedo de lo que ilumina de nosotros mismos.

A veces, quema.

Lo he visto brillar en manos de algunas personas, sólo por un momento,

sólo por unos días...

en ese momento perfecto,

parecen flotar en el aire iluminadas por una felicidad y claridad tan intensa que no son capaces de mantener.

Se necesita tiempo, paciencia, coleccionar trocitos de luz día a día para poder brillar constantemente sin quemarse.

Las grandes personas no lo son por lo que saben, o por lo que producen, lo son por lo que proyectan, por lo que reparten.

Sólo tiene luz quien ha ido recogiénola, cultivándola.

Quien ha aprendido que,
para mantener el sol en las manos,
se necesita la valentía de aceptarse a sí mismo tal cual es,
y comprender que, sólo tiene sentido, si es para iluminar a
los demás.

El prodigioso y extraño arte de saber escuchar

Reconozco que me cuesta mucho no interrumpir a los
demás.

Mientras habla la otra persona, las ideas se agolpan en mi
mente y tengo que hacer un gran esfuerzo para
contenerlas.

Valoramos excesivamente a las personas que saben hablar.
Las voces que se expresan de manera convincente, con
palabras precisas y argumentos rotundos.

La riqueza interior es otra cosa.

Se expresa de forma muy diferente.

Gusta de rincones solitarios donde se refugian las dudas y
la paciencia.

La sabiduría que merece la pena, habla poco y prefiere
cultivar una curiosa atención por las historias ajenas.

El que sabe escuchar atiende a las palabras con el gesto,
con los ojos,

con las manos,

con los labios,

convierte su silencio en un profundo acto de respeto y de
amor,

en una forma de cuidar al otro,

de entender,

de esperar...

y después, sólo después, sabe decir, que no es lo mismo que saber hablar.

Las personas que saben escuchar son un extraño y prodigioso tesoro.

Tengo la gran suerte de conocer algunas.

Ojalá algún día tuviera la fortuna de convertirme en alguna de ellas...

¿Qué es para mí componer?

Crear paisajes que no existen.
Dibujar escenas imposibles.
Imaginar utópicos diálogos que juegan a ser reales.
Rememorar momentos mágicos que jamás volverán.
Perseguir hadas, desenterrar demonios.
Plantear problemas, buscar soluciones, encontrar
respuestas.
Viajar por la oscuridad, buscando siempre la luz.
Surcar mares inciertos,
dejándome llevar por el rumbo impredecible de mis
pensamientos.
Escribir una carta en el viento,
dejarla volar,
con la esperanza de que sea recibida por un corazón
sensible.
Sondear el abismo,
pasear por misteriosos bosques,
descansar en soleados prados,
visitar altísimos lagos de aguas cristalinas,
donde ver reflejados mis sueños.
Es desnudar el alma y mirar adentro,
muy adentro y, sobretodo,
escuchar,
escuchar con mucha atención mi voz interior,
la que existió desde tiempos remotos,
desde siempre,
desde el principio,
la que me habla de quien soy,
de cuáles son mis anhelos,
mis aspiraciones más profundas.

Un pequeño paraíso

Si me conoces, seguramente ya sabrás, que una de mis aficiones preferidas es la pesca con mosca de la trucha, siempre, por supuesto, con el método de captura y suelta. La pesca, con el paso del tiempo, se ha ido convirtiendo más bien en una excusa para sumergirme en el agua, sentirme en comunión con la naturaleza, mientras escucho, siento, percibo la inigualable sinfonía de colores y sonidos que me rodean.

Disfruto con intensidad de éste, mi momento de serenidad y de soledad, junto a los árboles frutales que jalonan el río y las montañas altivas al fondo.

Soy, por naturaleza, una persona metódica y desde que me enamoré de él, hace ya más de quince años suelo visitar el mismo tramo de río Noguera Ribagorzana del Coto de Piñana.

Es un sitio muy poco conocido y raramente coincido con otros pescadores...hasta hace unos días.

Me disponía a disfrutar de unas horas de pesca y cuál fue mi sorpresa al encontrar un todo terreno, último modelo, aparcado al lado del río.

Miro a mí alrededor y... ¡caray!

Mis queridos tramos están ocupados por otros pescadores.

Vienen de lejos, creo ver el escudo de la Comunidad de Madrid, equipados a la última: trajes transpirables, gafas polarizadas, red en la espalda...

Las últimas riadas los han obligado a refugiarse en mi querido río, uno de los pocos que mantiene sus aguas puras y cristalinas, reguladas por el embalse de Santa Ana, que todavía no se ha visto obligado a abrir compuertas.

– *¡Que fastidio!* -pienso- *adiós al día de pesca.*

Más bien desanimado y sin esperanza me dirijo a la

cañada tranquila donde suelo empezar a pescar.
En ese lugar el río transcurre, sereno y tranquilo, en
múltiples canales y un brazo principal que hoy está, de
manera excepcional, ocupado.
Sin salida, sin opciones, miro a mi alrededor...y entonces
lo veo.
Un pequeño y estrecho canal donde las aguas fluyen
rápidas entre altas cañas con el espacio justo para pasar.
No me lo pienso dos veces: está claro que hoy no será el
día de pescar,
quizás lo sea de explorar.
Me introduzco poco a poco con cuidado, la corriente es
rápida, la vegetación densa.
Empiezo a saborear la aventura.
Poco a poco, las cañas, permanente metáfora de las
preocupaciones en mi cerebro, van cediendo, haciéndose
menos densas, me permiten ser penetradas con más
facilidad,
el espacio se abre,
el sol de la tarde brilla sobre el agua.
Juega a crear estrellas sobre su superficie.
Y abro los ojos (los del corazón) y miró pasmado lo que
tengo delante.
Una especie de “cueva” de vegetación dentro de la cual
transcurre sereno,
transparente,
en calma por fin,
como un espejo,
el río.
Imposible pescar ahí, demasiada vegetación.
Las aguas reflejan su verde techo, creando un efecto
mágico.
Justo al principio, unas rocas repletas de musgo parecen
pronunciar mi nombre.

Admirado, no lo dudo un instante: suelto la caña, me olvido de la pesca y me siento en ellas y miro, saboreo el momento sin prisa, con los sentidos alerta, intento sólo mirar, no pensar, sólo mirar. Mientras el tiempo se detiene, el agua pura y fría, acaricia mis piernas. Acababa de descubrir un pequeño paraíso gracias a lo que me pareció, en principio, un infortunio. Como en la Vida, muchas veces necesitamos que algo o alguien, rompa nuestras rutinas, trastoque nuestros esquemas, obligándonos a levantarnos de nuestro cómodo sillón, para descubrir nuevos canales, nuevas salidas, que quizás, puedan conducirnos a nuevos parajes, momentos preciosos, emociones intensas, que ni siquiera sospechamos.

(De este artículo han pasado 3 años, en la actualidad, me he convertido en un “pescador que pesca sólo con la mirada”, voy al río sin caña.

Un día me pregunté si realmente tenía sentido hacer sufrir a los peces, aunque fuera momentáneamente, para disfrutar de la naturaleza y del río, y la respuesta llegó rápidamente ese mismo día de una manera clara y

precisa: perdí el tramo superior de mi caña en la corriente, lo cual la inutilizó totalmente.

Ya no me compré otra.

Sin expectativas, sin ningún objetivo, sigo yendo al río, camino por dentro de él, los días calurosos me sumerjo en él, lo escucho, lo observo con atención, me dejo hechizar por sus formas cambiantes y luminosas...sigo descubriendo sus tesoros ocultos.

Muchas veces, veo a través del agua las truchas que me acompañan muy cerca y observo la sutil belleza de sus movimientos a través de la transparencia cristalina del agua.

El río es mi refugio, mi amigo, un compañero que me ayuda a sentirme conmigo mismo a gusto y en paz.)

Tocar por placer

Si observamos con atención la motivación que mueve nuestras acciones cotidianas nos daremos cuenta que, la mayoría de ellas las realizamos, con un fin.

Trabajamos para vivir.

Estudiamos para conseguir un trabajo.

Hablamos para ser escuchados.

Cuidamos nuestro cuerpo para tener buen aspecto, buena salud, vivir más años...

En el caso de los músicos podríamos decir también...

Practico para tocar bien en el concierto.

Practico para conseguir un buen puesto de trabajo.

Practico para aprobar mi diploma.

Practico para mantenerme en forma.

Para, para, para...

Son todas intenciones loables, sin duda, está bien perseguir un objetivo, marcarse una meta que dirija y motive nuestros esfuerzos, pero...

Estoy profundamente convencido de que la música, para convertirse en Arte verdadero, debe de dejar de ser un medio para alcanzar un objetivo.

Debe ser una necesidad que nace de muy adentro.

El instrumento debe convertirse en un “órgano vital” del músico.

Sin tocar debe sentirse incompleto y cuando llega ese mágico momento de madurez, tocar llega a convertirse en una necesidad,

como respirar, comer, dormir.

Las motivaciones materiales se diluyen, desaparecen...

y cada vez toca más por placer, por mero placer.

Por el placer de sentir sus manos sobre las cuerdas.

De llenar el silencio de belleza.

De sumergirse en cada sonido, en cada nota.
De dejar volar sus sentimientos entrelazados con los del compositor.
De imaginar, pensar, soñar mientras crea arte para nadie más que para sí mismo.
Hace ya muchos años que la obra completa adaptada para guitarra de Johann Sebastian Bach están siempre en mi atril.
Algunas de ellas las llevo tocando más de 30 años.
Una y otra vez las practico, las reviso, intento comprender, intento mejorar.
Y siempre hay algo nuevo que descubrir.
Su riqueza es inmensa.
Estoy convencido que en la obra de Bach están las grandes preguntas de la vida y también sus respuestas.
Luz, oscuridad, día, noche, alegría, tristeza, tensión, distensión... está todo presentado de una manera absolutamente genial.
Su música habla directamente al corazón, en un lenguaje misterioso y profundo, de extraordinaria riqueza.
Nunca las preparo para interpretarlas en concierto, y no me importa.
Me siento muy afortunado.
Dedico mi vida a una profesión, a un instrumento, que me llena, que me hace feliz.
Sí, creo que las toco sólo por placer, y...estoy seguro que el Gran Maestro debió de sentirlo de una manera muy profunda también escribiéndolas

Sobre el amor (I)

Amar es, en esencia, sentirse feliz al lado de la persona
amada.

Del corazón brota un algo íntimo e inexplicable,
que huye de las palabras,
brota por las miradas,
por el aire compartido junto a los labios.

Es un sentimiento profundo,
intenso y secreto.

Se desliza suavemente,
sin necesidad de ser razonado.

Convirtiendo el “momento ahora” en un preciado tesoro,
un sueño dorado,
del que no querríamos nunca despertar.

Sobre el amor (II)

El amor es la llave del silencio.

El silencio compartido es su máxima expresión.

La “música callada” que escuchan los amantes mientras el
tiempo pasa.

No necesitan más, el ruido de la vida desaparece y sólo
prevalece la unión silenciosa entre dos almas.

Misterioso silencio sobrenatural que protege de la niebla,
y del hielo glacial de la vida.

Sobre el amor (III)

Está en el origen de todo.
En la esencia de lo conocido y por conocer.
Desde que nacemos, empieza la mágica espera.
Nadie sabe cómo atrapa a los amantes con su red invisible.
Cómo traspasarán las rejas de su prisión, para entrar en un
palacio iluminado con brillantes colores.
Qué misteriosas artes empleará para conseguir su
propósito.
Cómo acabarán siendo realidad las cosas soñadas.
Sus almas se buscarán.
Sus cuerpos se atraerán.
Hasta que la muerte haga inútil toda caricia.

Escrito en las estrellas

Y tu rostro encendido brillaba en la noche.

De nuevo el murmullo callado
del agua que suena,
susurra antiguas palabras,
las escribe en la arena.

Palabras furtivas,
que sólo el corazón entiende,
y que nunca a los labios llegan.

De nuevo, el mar nos aleja,
un mar de sombras,
bajo la luna nueva.

Abismo negro que llama, torrente oscuro que llega.

Helada escarcha silente se cierne sobre mis velas.

Busco mi rumbo, confuso, escrito en las estrellas.

Al espacioso firmamento, pregunto con el alma inquieta

¿Dónde está el puerto seguro?

¿Dónde trazada la senda?

¿Dónde el faro encendido,
cristal transparente,

sobre la inmensa mar desierta?

Sólo el silencio lo sabe, sólo el silencio que llega.

Con oscura voz lo revela:

donde viven los sueños rotos por la eterna espera.

Sueños que llegan, peregrinos, sin que sus dueños lo
sepan.

Y se reconocen y se abrazan, tan pronto como se
encuentran.

Y viven lo no vivido en la otra vida despierta.

Donde no muere la hierba

Tan sólo me basta un gesto.
Una mirada.
Una punzante sonrisa.
Para entrar en un mundo dorado,
donde no muere la hierba.
Mundo soñado,
que el cuerpo no conoce
y que el corazón espera.
Tu apariencia me distrae de lo que eres.
Lo que eres me recuerda lo que fuiste.
Sin bruma y sin niebla.
Desde el principio.
Arena finísima.
Cristal transparente.
Perfumada brisa.
Puerta detrás del armario.
Fantástica senda, intuita y no vivida.
Sólo con los ojos cerrados puedo verla.
Se desdibuja a lo lejos y tiembla,
etérea, fina e inquieta.
Nos conocimos allá, en aquel sitio,
allá donde el tiempo no cuenta.
¿Recuerdas?
Donde lo no nacido se abraza,
donde no muere la hierba.

Hay un lugar

Hay un lugar del que sólo los bosques hablan,
un lugar que sólo puede verse con los ojos del río,
oculto por la bruma,
inundado de estrellas,
olorosos dátiles,
construido de fuego,
fina arena,
dulce cristal,
verde hierba.

Donde el alma del viento
de tus labios llega,
y mueve las frías aguas.

Hay un lugar repleto de sirenas y corales.
Refugio de sueños olvidados.

Donde la luna de otoño revela el secreto del lago.
Lleno de sol, vida, largas miradas, furtivas caricias.
Donde el tacto de la luz es suave como una pluma,
ligero como la brisa.

Hay un lugar donde se prolonga la magia,
se estrechan las manos,
se cierran los ojos,
para parar el tiempo.
Donde si se abraza,
nunca es para apartarse,
porque la certeza del adiós no existe.

Hay un lugar...

Sigilosamente

Sigilosamente llegó la tristeza.
Su tenaza gris y oscura.
¿Entró quizás escondida en el ruido del tráfico por la
ventana?
¿Me esperaba acaso agazapada en el asfalto?
¿Confundida en el oscuro alquitrán?
La tristeza es siempre carencia de algo o de alguien.
¡Mi alma me lo decía!
A pocos centímetros, mi corazón,
no supo escuchar,
no quiso escuchar.
Necesité dejar fuera el ruido,
alzarme sobre el ruido,
el ruido que interrumpe,
que separa,
que aísla.
Comprendí mi soledad en el instante en que pronunciaste
mi nombre.
Y te sentí lejos... borrosa imagen que apenas adiviné,
distante.
Entre la agonía de mi confusión vi tu mano abierta,
esperando la mía.
Brillar tus ojos,
como faros encendidos,
en la noche incierta.
Me vi, por fin, reflejado en ellos,
caminando a tu lado bajo la dulce luna de otoño.
Y las aguas se calmaron.
Y se disipó la niebla.
Volvió entonces la felicidad secreta.

Si me dejas

Largo y tenebroso es el camino en el que te sumerges al
caer la tarde.

Desde la orilla distante, con mis brazos vacíos, te observo
partir.

El oscuro océano de tus pensamientos te abraza con sus
frías alas,
mientras el viento de las antiguas desdichas pasa gritando
a mi lado.

No hay barca, ni remos con que atraparte.
Sólo ese viento helado que impulsa irremediamente tus
velas.

Tus ojos encendidos se apagan en la distancia.

Y ya no hay ni faro próximo, ni estrellas.

Ni senda escrita en un mapa con que encontrarte.

Si me dejaras acompañarte...

Si me dejaras...

Le diría al mar que te cuidara.

Al viento que te acariciara.

Y a la dulce y preciosa luna de otoño, que te guiara.

Si me dejaras...

Te miraría largamente a los ojos.

Compartiría tu aliento.

Despacio, muy despacio,
apoyaría mi mano sobre tu pecho,

te susurraría antiguas palabras,

para que me sintieras muy cerca,

y regresaras,

guiada por la cálida brújula de tu corazón encendido,
de nuevo a mi lado.

Como el agua

Quisiera ser como el agua.

Agua pura, fresca, transparente.

Como un arroyo que nace en la profunda piedra de la
montaña.

Refrescar los pies cansados del viajero.

Acariciar el verde musgo junto a las cordilleras heladas.

Escuchar el canto de los pájaros en el primer suspiro del
alba.

Jugar con el sol, reflejando un firmamento de estrellas.

Para besar tus labios de una manera furtiva y secreta,
rozar tu mejilla, susurrarte antiguas palabras.

Quisiera ser como un río, que fluye junto a olorosos
frutales.

Que no impone resistencia ante los pies que enturbian sus
aguas.

Que busca el camino más fácil sin violencia, sorteando las
piedras de las dificultades.

Para seguir fluyendo, dulcemente, y morir, en el cálido sol
de la tarde,
en el fuego azul del inmenso océano.

Tu mirada

Tus ojos dicen algo más allá de las palabras.
Ojos dulces, alegres, melancólicos, airados, compasivos,
benévolos...

Tus ojos no mienten.

Tu mirada puede descubriarnos un mundo.
Con un movimiento de ojos puedes revelar un secreto, dar
una advertencia, una caricia.

Es un lenguaje silencioso y profundo,
misterioso,

que penetra hasta lo más hondo del alma.

Tus ojos me hablan de tiempos remotos,
de desiertos de fina arena,

de palmeras repletas de olorosos dátiles.

Juegan a ser el mar cuando se iluminan.

Un mar cálido de dulce miel, donde nacen los sueños,
donde querría sumergir mis temores para siempre.

Cuando me veo reflejado en ellos, siento que estoy en
casa.

Tus ojos dicen algo más allá de las palabras...

Sobre el dolor

Una de las principales causas de nuestro sufrimiento es la no aceptación de la naturaleza cambiante y perecedera de las cosas.

Todo, absolutamente todo, cambia, evoluciona, desaparece.

Desde que nacemos nos aferramos a la vana ilusión de que esto no suceda.

Buscamos continuamente estabilidad, permanencia, seguridad.

Primero buscamos cobijo en el regazo de nuestra madre, luego nos alimentamos para gozar de buena salud, luchamos por conseguir un trabajo estable, una pareja estable, una vivienda segura...

Nada permanece.

Lo único permanente en la vida es el cambio.

La difícil aceptación de ésta realidad puede mitigar el dolor que acompaña irremediabilmente muchos momentos de nuestra existencia.

Afortunadamente, nos queda la gran esperanza de que la esencia más íntima y valiosa de nosotros mismos, repleta de bondad, calidez y de los más nobles sentimientos,

sobreviva para fundirse en el Amor más absoluto y sublime,

origen y fin de todo pensamiento,

que lo envuelve todo,

que lo abarca todo.

Una tarde gris

Estoy en mi clase, es una tarde gris de otoño.

El viento helado sopla afuera; en el atril, un sencillo estudio de Fernando Sor.

Una y otra vez mi alumno se equivoca en los mismos lugares, yo repito las mismas palabras de cada semana.

Sus torpes dedos, confusos, intentan encontrar las notas, fracasan continuamente por la falta de práctica.

El tiempo pasa despacio, muy despacio.

La música, en vano, intenta conquistar su alma sin conseguirlo.

La guitarra intenta mostrarle con su bello sonido que vale la pena el esfuerzo.

Todo es en vano, empieza a hablarme de sus cosas: de lo feliz que es corriendo por el campo, jugando con sus amigos, de lo que disfrutó en una fiesta...su pensamiento, como siempre, está en otra parte.

Intento entender qué hacemos allí los dos, y me cuesta mucho esfuerzo pensar que no estoy perdiendo el tiempo.

De repente, mientras él me habla, empiezo a pensar en la tarde fría, en la gente que estará ahora mismo trabajando al aire libre, en la que está en casa por que no encuentra trabajo, en las familias que no pueden salir adelante por la crisis, en los millones de personas en todo el mundo que estarán realizando un trabajo monótono, que odian y que se verán obligados a hacer toda su vida por un sueldo mísero...y entonces, me acuerdo de cual es mi deber en este momento y en lo afortunado que soy por poder dedicarme a la música, a la enseñanza, a la guitarra.

Sonrío, pienso “GRACIAS”, y vuelvo con energía a mi misión, a mis consejos, a mis frases...

Cosas que me gustaría enseñar a mis alumnos (I)

La humildad es una de las cualidades más valiosas de la persona humana.

La más alta sabiduría, suele esconderse detrás de las personas de aspecto sencillo y trato cercano porque en su camino por la vida, descubren lo mucho que queda siempre por aprender, por mejorar.

Aprende a escuchar a los demás, a interesarte por sus vidas, por sus proyectos, y deja que sean ellos los que pregunten por tu trabajo sin que tengas la necesidad de anunciar tus logros con grandes gritos.

Preocúpate, sobre todo en mantener tu luz encendida: en trabajar, en aprender, en estudiar, en tener los ojos abiertos a la belleza, en ser cada día que pasa, un poco mejor, un poco más sabio, un poco más humilde, un poco más feliz con lo que tienes.

Si tu luz es intensa es posible que alguien quiera apagarla, porque ilumina su mediocridad; no lo permitas, con el tiempo te darás cuenta que vencer las dificultades, te ha hecho aún más fuerte y que tu luz se ha vuelto todavía más intensa y valiosa, iluminando a todos los que te rodean.

Cosas que me gustaría enseñar a mis alumnos (II)

El fracaso es siempre la consecuencia de un intento.
Es mejor perderse en el camino de un viaje imposible que no partir nunca.

Cuando Edison inventó la bombilla, no le salió a la primera, realizó más de mil intentos.

Un alumno suyo le preguntó que porqué persistía en construir una bombilla, si tras más de 1000 intentos había fracasado, Edison respondió:

” No son fracasos, he conseguido saber 1000 formas de cómo no debe hacerse una bombilla”.

Debes aceptar el error, el fracaso, como un compañero necesario para crecer y mejorar durante toda tu vida.

Cosas que me gustaría enseñar a mis alumnos (III)

Tu objetivo en la vida debe ser dedicarte a lo que eres. Todos nacemos con un don, si no es así, con el tiempo nos especializamos en algo. Algo que sabemos hacer realmente bien.

Todas las personas, absolutamente todas, tienen capacidad para hacer algo muy bien.

Tu primera misión ha de ser pues, descubrir ese algo.

Para hacerlo debes estar alerta, vigilante, observarte y escuchar tu corazón en cada decisión importante mientras te guías por la intuición.

Si alguien traiciona conscientemente a su don, se traiciona a sí mismo.

Si sientes que has errado el camino, se valiente, detente, cambia de ocupación y vuelve a empezar.

Nunca es tarde: un día de búsqueda del camino correcto valen más que 1000 sabiendo que no estás en tu lugar.

Ellos

Ellos querrán que alimentemos nuestro cuerpo.

Los ojos.

Las manos.

Los oídos.

¿Y nosotros?

¿Alimentaremos nosotros nuestro espíritu?

Bach

Cada vez estoy más convencido que en la música de J.S. Bach se encuentra la respuesta las más profundas y transcendentales preguntas de la Vida.

Un momento mágico

Es curioso como el Arte penetra en nosotros en el momento más inesperado.

Ayer por la tarde decidí escuchar el “Concierto de Toronto” del genial Leo Brouwer, es una de mis obras musicales favoritas.

Antes, estaba viendo en la televisión el canal “Natura”, pues bien, me siento en el sofá, pongo la música y me dispongo a apagar la tele y, de repente... ¡ocurre!

Empieza a sonar la música de Brouwer, salvaje, llena de energía, de misteriosa magia y en la tele aparecen imágenes de un documental sobre la Isla de Jao, un lugar remoto de increíble belleza.

¡La música parece estar compuesta para ella!

Leopardos, cocodrilos, espesa selva, ríos... la música y las imágenes, dialogan, se mezclan, me inundan y me emocionan.

Todo parece tener sentido: los acentos, la orquestación, la fuerza de la guitarra de John Williams, las armonías....en la televisión un cocodrilo se sumerge en el río, dos guepardos luchan por su territorio, mientras las escalas y arpeggios de esta música genial parecen comentar la gran aventura de la Vida, la lucha por la supervivencia, la

búsqueda constante del Amor.

La semana pasada estuve en el Auditorio de mi ciudad escuchando una muy buena orquesta con un excelente director, estaba incómodo, con gente alrededor, mis piernas encogidas, tuve una sensación claustrofóbica al lado de desconocidos a centímetros de distancia durante dos horas.

Al acabar pensé: “Ha sido un buen concierto”.

Sólo un buen concierto.

Nada que ver con lo que sucedió ayer.

Sobre la felicidad (I)

Estoy plenamente convencido de que existe una forma especial de felicidad, llena de vida y energía, que sólo pueden transmitirla los niños.

Sobre la felicidad (II)

La llave de la verdadera felicidad se encuentra en permitir que nuestros pensamientos más íntimos sean cada vez más puros y nos empujen suavemente hacia el bien.

Sobre la felicidad (III)

La verdadera felicidad es la profunda convicción de estar en el camino adecuado en la vida: la sensación de que se está haciendo aquello para lo que se está destinado o bien se está andando por la senda correcta para encontrarlo.

Sobre la confianza

La verdadera confianza entre dos personas empieza en el preciso momento en que son capaces de disfrutar juntos del silencio.

Al final del arco iris

Es revelador y muy interesante lo que me está ocurriendo con la última obra que estoy escribiendo para Ensemble XXI.

Si tienes un momento, me gustaría compartirlo contigo.

La idea surgió de una manera deliciosa e inesperada.

Un día de lluvia, mientras yo estaba dando mi clase en el Conservatorio de Monzón, se formó un completo, precioso y colorido arco iris.

Ese mágico momento coincidió con la clase de la alumna de menor edad que he tenido en mi curso, Joanna, de siete años.

Es imaginativa, creativa, simpática y con excelentes dotes para la guitarra, a pesar de su corta edad.

La miré y le dije:

-Joanna, ¿has visto el bonito arcoíris que se ha formado fuera?

– Sí-me contestó y siguió hablando-¿Sabes que al final del arco iris hay un tesoro?

– No, no la sabía...

– Sí, hay un tesoro...

-Ah...-y le pregunté-¿Y tú has ido alguna vez a buscarlo?

-¡No, no puedo porque siempre tengo muchos deberes!

¡Inevitablemente me puse a reír!

Me pareció una conversación deliciosa y la idea del tesoro muy poética e inspiradora, tanto es así, que pensé tomarla como punto de partida para mi nueva obra.

“Al final del arco iris” se titularía y pensaba convertirla en algo así como en un canto transparente a la infancia perdida.

Sería luminosa, expresiva, evocadora y con algún momento más rítmico y divertido quizás en la parte central para expresar la espontaneidad de los niños.

Empecé a escribirla.

Todo fluía increíblemente bien y rápido para tratarse de mí, que suelo ser bastante lento a la hora de escribir.

Iba enlazando temas con suma facilidad y creí llegar al momento adecuado donde incluir la parte contrastante rápida y empecé a darle forma, en tres días tenía bastantes compases una idea más o menos buena...que en el cuarto día borré por completo.

No encajaba, era completamente forzado incluirla y la obra se resistía a admitirla.

Es como si ella misma me dijera: “José Antonio por mucho que tú quieras o hagas, yo he decidido que quiero ser sólo lenta, sí, tú eres el compositor y quien me está creando, de acuerdo, pero yo soy una obra de arte y tengo mis derechos, voy a ser yo quien decida a partir de ahora lo que quiero ser”

Ante una situación así, me rendí a la evidencia.

La obra sería un único movimiento lento, qué le vamos a

hacer, era inevitable.

Pues bien, después de un mes y medio más o menos de dejarla aparcada por múltiples obligaciones, el otro día me decidí a retomarla y seguir escribiendo.

Para situarme antes de seguir, escuché en el ordenador los siete u ocho minutos que llevo escritos y... ¡oh sorpresa!
¿Dónde está el arco iris? ¿Dónde está la inocencia?
¿Dónde la luminosa transparencia que pretendía inculcar a mi música?

¡En ningún sitio!

La obra tiene un carácter totalmente diferente: tiene fuerza, expresividad, momentos apasionados, de delicada tensión, con giros dulces y melancólicos que muchas veces se convierten en llamadas sin respuesta.

En definitiva: mi obra no es “Al final del arco iris”.

Desde el primer momento ella decidió que no lo sería. Escribiéndola era como si los árboles no me permitieran ver el bosque, sólo hacía falta escucharla con cierta perspectiva para darse cuenta.

La conclusión para mi es clara y preciosa: es una obra nacida del corazón, de una imperiosa necesidad de explicar “algo”, de ahí la facilidad también a la hora de escribirla.

Y es que, hay veces en que, por mucho que nos empeñemos en evitarlo, las cosas acaban siendo lo que quieren ser, y lo que tiene que ocurrir ocurre.

Es como si el destino estuviera “Escrito en las estrellas”...

y sí, creo que sí,

veo con claridad,

que ahora sí tengo un buen título para mi nueva obra.

Todo está en la mente

Comprender la naturaleza humana, es comprender que en la mente se hayan la raíz del dolor, de la confusión, del sufrimiento y de la liberación de ese sufrimiento.

Entrenando la mente, encontramos la solución para evitar todas las acciones negativas que nos llevan al sufrimiento y producen el sufrimiento.

Aprendemos a identificar los pensamientos negativos, a liberarnos del egoísmo, a experimentar un genuino y auténtico sentimiento de compasión.

A comprender que todos formamos parte de un todo, y que todos los seres son, en esencia, en lo más profundo, buenos, valiosos y preciosos.

Del mismo modo, cultivando la mente, observándola, podemos encontrar también la lucidez para realizar las acciones que conducen a la felicidad propia y la de los demás.

Mediante la meditación trabajamos para convertir el estruendoso torrente de nuestros pensamientos, en un arroyo tranquilo y transparente,

donde todo sucede más despacio,

de esta forma podemos ver con más claridad quienes somos, qué deseamos, qué queremos...

Conectar con la parte más auténtica, valiosa y genuina de nosotros mismos.

La que no morirá jamás.

Rompiendo barreras

Lo peor que puede sucedernos es enamorarnos de nuestras cadenas, del muro que nos impide avanzar.

Es fácil saber que estamos atrapados.

Cuando esto ocurre, nos sentimos agobiados, desbordados por cualquier esfuerzo.

Cada paso adelante, se convierte en una lucha contra todo y contra nosotros mismos.

Con los pies hundidos en el barro, nuestras ideas se agotan, nuestra lucidez mental desaparece, la inspiración se evapora.

Sí, es fácil saberlo...lo difícil es reconocerlo.

Sí, reconocer que has de romper con aquello que tanto amas, que tanta vida y felicidad te ha dado en su momento y que se ha convertido, contradictoriamente, en lo que ahora te impide avanzar.

Reconocer que debes cortar las cadenas y que, al hacerlo, inevitablemente, sentirás dolor, como si perdieras una parte de ti mismo.

Permíteme que te confiese que yo me encontré no hace mucho en esta encrucijada.

Y decidí, afortunadamente, tirar el muro, romper mis cadenas.

Y, por supuesto, sentí dolor, y lo que es peor, causé dolor.

Y permíteme también que te diga que ha valido la pena, siempre vale la pena.

Detrás del muro encontré un nuevo camino lleno de posibilidades.

Ahora puedo ser yo mismo, sin ataduras.

Las ideas fluyen.

La creatividad se expande.

La inspiración ha vuelto.

Y vuelvo a pensar que,
llevar una vida feliz,
no consiste en lograr grandes éxitos,
ni reconocimientos,
ni conquistar grandes metas...
sino, simple y llanamente,
en estar donde quieres estar,
haciendo lo que quieres hacer,
aquí y ahora,
siguiendo siempre tu voz interior,
no sólo por tu propio bien sino,
y sobretodo,
por el bien de los demás.

Casualidades que asustan

¿Crees en el azar o por el contrario piensas que lo casual no existe y que todo tiene un fin y está escrito de antemano?

Querría compartir algo contigo que me ha ocurrido y me ha hecho reflexionar estos días.

Para mi, escoger un libro, en una librería o en una biblioteca, era un auténtico problema.

Pasaba mucho tiempo mirando portadas, paseando indeciso, leyendo argumentos... hasta que, un día, descubrí un método infalible y rápido para realizar mi elección en menos de un minuto.

Entro en la biblioteca, me sitúo delante de una estantería llena de libros. Con mucho cuidado de no mirarlos, cierro los ojos, respiro hondo y con mi mano abierta me dejo guiar por el azar y, en una especie de pequeño estado de trance, dirijo mi mano abierta al viento hacia uno de ellos y... ¡ese es el elegido!

Muchas veces son libros con portadas vulgares, que yo nunca hubiera escogido, sobre temas que no me hubieran parecido interesantes, pero que después han resultado ser una gran sorpresa, y encierran una riqueza insospechada que nunca hubiera podido imaginar.

El pasado domingo 15 de diciembre mi familia y yo tuvimos un accidente de coche.

Nos dirigíamos los tres a un pueblo pequeño para hacer una excursión y disfrutar de la naturaleza por una carretera comarcal, cuando una placa de hielo que ocupaba toda la carretera me hizo perder completamente el control del coche y caímos por un terraplén.

Afortunadamente, y pese al gran susto, estamos bien, no sufrimos daños graves.

Unos días antes, el 10 de diciembre, fui a la biblioteca, como muchas otras veces, cerré los ojos, pasé mis manos por los libros y el elegido resultó ser un libro de portada más bien fea y poco prometedora titulado *“Hija de la memoria”* de Kim Edwards, autor, como muchas otras veces, totalmente desconocido para mi.

Al regresar del hospital, ya en casa, abro el libro y empiezo a leer.

Una mujer va a dar a luz, su marido se dispone a llevarla al hospital en una fría noche de invierno y en la página cinco está escrito lo siguiente:

“Cuando giró hacia la calle principal, pisaron una placa de hielo y el coche patinó unos segundos, cruzando la intersección, acabando en la cuneta”.

Vuelvo a leer la frase asombrado.

Parece una descripción perfecta de lo que nos sucedió a nosotros.

¿Pura casualidad?

Probablemente.

Pensar en una oscura premonición, de todas formas, me parece inevitable, ya que, precisamente, nuestro accidente ocurrió exactamente como pone en el libro: cuando giré también hacia la calle principal del pueblo.

Los hilos del azar son misteriosos y mágicos, gobiernan nuestra vida de una manera más importante y decisiva de la que nos gustaría reconocer.

¿Casualidad, puro azar, premonición, advertencia...?

Sólo una cosa es segura: a partir de ahora voy a prestar mucha más atención a lo que lea.

El secreto de la eterna juventud

Estoy en la cocina, me dispongo a hacer una ensalada. Enciendo la televisión, están emitiendo el magazine “Para todos la 2”, programa bastante interesante, algunas veces. Agarro la lechuga y empiezo a cortarla mientras anuncian al invitado de turno, hoy es Carlos López-Otín, Catedrático de bioquímica y biología molecular de la Universidad de Oviedo, una de las eminencias científicas que ha participado en el remarcable estudio “*Las nueve claves del envejecimiento*” que será publicado en breve. Empiezo a cortar los pepinos, mientras el Sr. López-Otín empieza a disertar sobre el ADN, el envejecimiento molecular ...bla. bla, bla.

Yo sigo a lo mio: “destripando” un tomate, que ya no envejecerá más y que espero que no sienta nada mientras lo hago.

–...*la esperanza de vida se ha duplicado por cuatro...*

No es que me importe un pimiento, pero es su turno precisamente, a cachitos muy pequeños...chas, chas, chas.

–...*con el tiempo los mensajes neuronales se vuelven confusos...*

Sin ninguna confusión, voy a por una lata de atún,

–...*la ciencia es mucho más prudente sobre la intervención en el envejecimiento de los “radicales libres” de hecho se acaba de descubrir que pueden ser incluso beneficiosos para el organismo.*

¡Caray! Siempre había oído lo contrario.

Por primera vez miro la televisión, este señor está empezando a caerme bien...

–...*el equilibrio celular es extremadamente complejo, pensad que estamos intentando descifrar un proceso de más de 3000 años de evolución y cualquier intervención*

puede entrañar peligrosas consecuencias.

¡Y tanto! Sigue, sigue, que cada vez estoy más de acuerdo contigo.

La entrevista está llegando a su fin, y el entrevistador quiere ponerle la guinda al pastel con su última pregunta:

-¿Qué consejo principal nos daría para mantenernos jóvenes?

Se ha hablado del chocolate, del té verde... ¿cuál sería la mejor manera, según su estudio?

Me acerco a la tele y subo el volumen con las manos pringadas de aceite.

-Sí, sí, eso del chocolate negro y el té verde, está muy bien... me gustan y son alimentos sanos como muchas otras cosas, pero, mucho más eficaz que eso es una vida dedicada a los demás, un estudio muy, muy reciente, que me ha impactado profundamente, ha demostrado que el pensar más en los demás que en uno mismo, desencadena cambios genéticos, inmunológicos y celulares altamente beneficiosos.

Los entrevistadores, lo miran, yo lo miro, y seguramente pensamos que es, por inesperada, la más preciosa respuesta que he oído dar a un científico sobre la longevidad.

En efecto: ser buena persona, llevar una vida rica y plena, no encerrada en uno mismo sino abierta a los demás, es el secreto de la eterna juventud y, añadiría yo, de la auténtica felicidad.

Fuegos y emociones

Hay veces que cuando siento ciertas emociones, pienso que somos como los peces, que no pueden comprender el agua, al estar sumergidos en ella desde su nacimiento. Somos, en gran parte, desconocidos para nosotros mismos. Todos sentimos emociones agradables: alegría, júbilo, amistad, amor, serenidad, paz, pasión...y desagradables: angustia, miedo, ira, decepción...provocadas generalmente por nuestra propia y singular percepción de nuestro entorno.

En el prodigioso arte de conocerse y amarse a sí mismo, todas las emociones, absolutamente todas, encierran una poderosa información de quienes somos en realidad.

Negarlas es cómo negarse a sí mismo: tiene siempre consecuencias desastrosas.

Cada una de ellas encierra una preciosa semilla que nos habla de dónde venimos, hacia dónde vamos, cuáles son nuestros deseos, frustraciones, cualidades, defectos, puntos fuertes, conflictos y debilidades.

Conocerse es el primer paso para mejorarse.

Vigilarse es necesario para conocerse.

Los ojos del corazón deben estar siempre abiertos y alerta, monitorizando nuestros sentimientos, observándolos a una cierta distancia, analizándolos, extrayendo su información preciosa.

Mientras los fuegos artificiales iluminan con colores de ensueño el Castillo de Lleida anunciando el fin de la Fiesta Mayor de mayo,
una profunda e inexplicable nostalgia me invade.

¿Por qué?

Cierro los ojos y... ¡entonces lo veo!

Soy yo mismo,
muchos años atrás,
con una guitarra en el portaequipajes,
mirando,
por la ventana de un tren,
los mismos fuegos,
el mismo castillo,
los mismos brillantes colores.
Me reconozco mucho más joven,
con la mirada triste,
perdida,
mientras la oscura nube de la añoranza
se va adueñando de mi corazón
mientras el tren se aleja.

¿Por qué canta el mirlo?

Cada primavera, llega a nuestra casa un misterioso visitante.

Se trata de un mirlo, que suele arrullarnos con su canto en la oscuridad de la noche.

Precisamente esta noche, vaya Ud. a saber porqué, me he despertado muy temprano.

Mari, con muchos años de “práctica” nocturna a mi lado, muy propensa a la conversación totalmente inconsciente en sueños, ha intuido que no dormía y me ha dicho:

-Qué haces despierto.

– No lo sé, son las cuatro y media de la madrugada, escucho al mirlo, que ha regresado como todos los años por primavera.

– ¿Por qué canta a estas horas?

No tengo ni la más remota idea del porqué se produce este extraño fenómeno, pero le doy la respuesta más poética que se me ocurre...

– Canta para complacer a su amada que se encuentra en el nido incubando los huevos de los que nacerán sus crías. Sigue durmiendo, es muy, muy temprano yo voy a escucharlo un poco más...

Mari ha proferido una onomatopeya ininteligible y ha seguido deleitándose en una de sus actividades predilectas, en los brazos de Morfeo.

Ya por la mañana, leo en Wikipedia...” *El canto del mirlo está considerado como uno de los más bellos cantos de las aves de Europa. La riqueza de su repertorio, sus variaciones melódicas y la capacidad de improvisar distinguen al mirlo europeo de la mayoría de las demás aves”*

¡Claro! ¡Cómo podría un artista de este tamaño permitir

que el ruidoso ritmo de la ciudad o el canto de los demás
pájaros eclipsaran su obra de Arte!
Me gusta pensar que ama el silencio,
brillar en la oscuridad,
que canta para ser escuchado con atención,
sin interferencias,
sin distracciones,
con la esperanza de que su belleza sea apreciada.
Estoy convencido que su sensibilidad,
su creatividad,
sus sentimientos,
tienen mucho más en común con los nuestros de lo que
podemos llegar a sospechar.

Weiss y mis sueños

Hay obras musicales que penetran profundamente en nosotros y nos hechizan con su magia de una manera tan intensa que su efecto perdura largamente en el tiempo. En mi vida he tenido la gran fortuna de encontrarme con varias de ellas, son como un dulce “amor a primera vista” (en esta caso primera oída...) y así como el amor es difícil de describir con palabras, lo que siento cuando las escucho es una mezcla de sentimientos complejos que podrían resumirse quizás con una sola palabra:

emoción, profunda emoción

La pieza en concreto de la que quiero hablarte hoy es el “*Preludio para laúd en Re M*” de Silvius Leopold Weiss interpretado por el muy querido y admirado Hopkinson Smith.

Recuerdo perfectamente mi primer contacto con la obra, en el principio de los 80 en ese importante centro de sabiduría guitarrística que era por aquel entonces la “Academia d’Arts Musicals Luthier” de Barcelona.

Allí, muchos jóvenes como yo, tuvimos un primer contacto con los más grandes del momento: el mencionado Hopkinson Smith, David Russell, Manuel Barrueco, el que fue más tarde mi profesor en Basilea, Oscar Ghiglia, del que aprendí tantas y tantas cosas sobre la guitarra y la vida...y muchos otros, en una época que nos marcó para siempre.

Mi vida era, por aquel entonces, un prometedor conjunto de sueños e ilusiones, la música sería mi camino y quería aprender, desarrollando mis cualidades para poder encontrar mi lugar en el mundo.

De repente el servicio militar me obligó a trasladarme a Madrid, concretamente al Cuartel General del Aire, en

Moncloa.

Intenté por todos los medios no perder el hilo de mi formación musical y guitarrística: iba todos los días al desván de un luthier a estudiar, lleno de encanto y misterioso, donde una vez descubrí un dibujo precioso...

¡Del mismísimo Leo Brouwer!

Al sol de la tarde, solía buscar un rincón tranquilo en el “Parque del Oeste”, muy cerca del cuartel, para escuchar música en mi “walkman” y leer las cartas que me mandaba Mari, que acabaría siendo mi mujer unos años más tarde. Una de las obras más escuchadas y preferidas de esos días fue este maravilloso Preludio de Weiss.

Me parece una obra llena de luz, de optimismo, de ganas de vivir.

Después de tantos años, esta mañana me he decidido, por algún motivo que escapa a mi comprensión, a trabajarla con mi guitarra con vistas a un concierto como solista que tengo previsto realizar el verano próximo.

Nunca lo había hecho antes, desconozco el motivo.

La sensación de tocarla ha sido maravillosa y la emoción ha renacido, con las notas han despertado muchos de los recuerdos de aquella época, mis sueños, mis aspiraciones, una amistad que iba poco a poco transformándose en algo más...

Es como si la música de Weiss me susurrara al oído:

“...eres muy afortunado, muchos de tus sueños de aquellos tiempos se han cumplido, aunque ahora ya no tienes 20 años no dejes nunca de soñar, todavía hay muchos metas por conseguir y momentos fascinantes y maravillosos por llegar”.

Un buen trabajo

Estoy seguro que en algún momento de tu juventud, como a mi, como a todos, te dijeron alguna vez... *“ojalá encuentres un buen trabajo”*.

Es un deseo positivo, lleno de buena voluntad y no cabe duda que es un muy buen deseo para cualquier ser humano de este planeta.

El trabajo es necesario para vivir, para mantener a tu familia, para sentirse realizado...

Pero si preguntáramos a varias personas qué significa para ellos “tener un buen trabajo” estoy también convencido que obtendríamos muchas y variadas respuestas.

Hoy quiero compartir contigo un pequeño gesto que me ocurrió hace unos días y que me hizo reflexionar sobre lo que significa realmente tener un “buen o un mal trabajo”. Pues bien, una mañana lluviosa me acerqué a la oficina de correos a recoger una caja llena de las famosas cápsulas de *Nespresso* de las cuales somos unos fans incondicionales en casa.

Después de una moderada cola me acerco a la ventanilla, entrego el DNI, firmo... hasta aquí todo normal, y ahora viene lo verdaderamente excepcional, la trabajadora de correos me entrega la caja, me mira a los ojos y me dice... *“espero que te guste”*.

Yo sorprendido respondo con una tímida sonrisa y le doy las gracias y me voy por la calle pensando en lo excepcional de su respuesta.

Nunca nadie me había dicho nada igual al entregarme un paquete.

¿Cuántos paquetes habrá entregado en su vida a completos desconocidos?

¿Cientos, miles...?

Si lo analizamos fríamente podríamos pensar que buscar entre un montón de estanterías el paquete adecuado, rellenar el formulario y entregarlo a la persona correspondiente no es, lo que diríamos un trabajo maravilloso ni excitante, pero, y aquí está la clave de esta historia, todo depende de los ojos con que se mire y con la actitud con que realices este trabajo.

Ahora vamos a darle un punto de vista distinto a este aparentemente monótono trabajo.

Imagina sólo por un momento que eres un trabajador de correos, piensa en el montón de sueños e ilusiones ocultas que encierran los paquetes que te rodean, en las esperanzas que hay depositados en ellos, pueden contener cualquier cosa: ropa, regalos lejanos de seres queridos, libros, comida, buenas noticias, fotos.

Las personas que se acercan a recibirlos de tus manos se sienten ilusionadas y ansiosas por abrirlos y tú tienes el privilegio de ser la cara visible que se los entrega.

¿Verdad que ahora ya no lo ves de la misma manera?

Esa sencilla frase que me regaló la trabajadora de correos, es un signo evidente de que ella sí comprende perfectamente la riqueza y excepcionalidad oculta que encierra su trabajo, se siente una mensajera de buenas noticias y es que, la mayoría de las veces, no es tan importante lo que hacemos sino el significado que damos a lo que hacemos.

El prodigioso arte de amar y descubrirse a sí mismo

Muchas veces nos planteamos cual es nuestra misión en la vida, a qué estamos destinados, hacia donde caminamos, cómo conseguiremos alcanzar la verdadera felicidad.

Lo más fácil es creer que las respuestas vendrán de fuera, nada más lejos de la realidad.

Cada vez me doy más cuenta que la clave reside en el interior de uno mismo, los verdaderos desconocidos somos nosotros mismos.

Sólo descubriendo lo que guardamos en nuestro corazón, podremos abrirlo verdaderamente a los demás.

Cada persona es mucho más que lo que aparenta ser, encierra en su interior excepcionales cualidades que debe descubrir para llevarlas a su plenitud.

El éxito por fuera, empieza, sin duda, por el éxito por dentro y para alcanzarlo, no hay más camino que el silencio, la vigilancia atenta y el análisis constante de nuestros pensamientos y reacciones.

Hace ya meses que sigo el saludable hábito de someter a examen, mentalmente, las cosas que me han sucedido cada día y mis pensamientos, reacciones y actos respecto a ellas.

Naturalmente, hay veces que no me siento nada satisfecho de cómo he reaccionado pero, aún así, me he percatado de algo muy importante: incluso en los días en que podríamos calificar de “malos” siempre me ocurren más cosas buenas que malas.

Cada día, desde el preciso instante en que abro los ojos por la mañana, que ya de por sí podríamos calificar como algo excepcionalmente positivo teniendo en cuenta que significa que estoy vivo, desfilan ante mí pequeños

momentos extraordinarios que si no son recordados y analizados podrían quedar en el olvido.

Lo irónico de la vida, es que las cosas negativas, no necesitan ninguna ayuda para ser recordadas, al contrario, perduran con una cruel facilidad.

Cada error, cada pensamiento negativo, encierra valiosa información y contiene una preciosa semilla para corregir, crecer, mejorar, cambiar.

En cada reacción, pensamiento, respuesta, se encierra una porción de quien realmente soy y me he propuesto firmemente no permitir que un momento de oscuridad aniquile mil rayos de luz para progresar, día a día, en el prodigioso arte de descubrir y amarme a mi mismo.

La verdadera felicidad

“*Hacia rutas salvajes*” (Into the wild), es una excelente película basada en la vida de Christopher McCandless. Christopher fue un joven idealista que decidió abandonar la sociedad, y su vida acomodada, en favor de la solitaria contemplación, buscándose a sí mismo. Brillantemente graduado en la Universidad, renuncia a todo bien material, dona sus ahorros y huye de casa, del tormentoso entorno familiar que se vio obligado a soportar junto a su hermana, ya que sus padres generaban frecuentemente discusiones y peleas basadas principalmente en el dinero.

Vive varios años diversas aventuras en las que peligró incluso su vida.

Viaja sin posesiones con el principal objetivo de retirarse a Alaska y vivir únicamente de los recursos que ponga la naturaleza a su disposición.

Durante este largo proceso, su familia no recibe ninguna noticia de él y el profundo dolor causado por su desaparición les corroe el alma.

Christopher, entre tanto, sigue con sus planes y va superando dificultades.

Se tropieza con buenas personas que le ayudan y le ofrecen incluso un nuevo hogar, él renuncia a cualquier estabilidad hasta que finalmente logra llegar a Alaska, donde vive exclusivamente de la tierra en un autobús abandonado, hasta que fue encontrado muerto por inanición y se convierte en un mito de la estética naturista.

Su diario de vida, escrito en el autobús, contiene entradas que cubren un total de 113 días. En él se aprecia la fortuna cambiante de Christopher y las terribles dificultades y consecuencias de su aislamiento en territorio hostil.

A mi me ha impresionado profundamente una de sus

últimas frases:

“La verdadera felicidad sólo puede existir si es compartida”.

Enfermo y debilitado, con la muerte llamando a su puerta, llega a esta conclusión dramática que pienso que es una gran verdad.

No hay duda que para la búsqueda de la felicidad, el aislamiento, la soledad, son medios necesarios para escuchar nuestra voz interior y descubrir realmente quienes somos, pero nunca pueden ser un fin, un objetivo en sí mismos.

Apartarse por un tiempo es necesario...

pero siempre con la condición de regresar y compartir, con nuestros seres queridos, y con todos los que nos rodean, la felicidad de un corazón purificado y renovado.

Crisis y hormigas

La hormiga roja de fuego, vive bajo tierra con la constante amenaza de ser aniquilada por las frecuentes riadas.

Cuando llegan las riadas, las hormigas, se cogen unas a otras creando una balsa viviente que flota, durante meses, si es necesario, hasta que las aguas se retiran.

A la naturaleza parece no importarle, si una especie quiere sobrevivir, tiene que demostrarlo, tiene que merecerlo.

La solución encontrada por la hormiga roja de fuego es tremendamente creativa y solidaria.

Una vez más, la Naturaleza nos muestra el camino.

Fueron necesarios siglos de evolución para que la hormiga detectara el problema y otros tantos para que diera con su salvación a través de la unión para superarlo.

La palabra “crisis” está compuesta en chino por dos pictogramas: uno significa “problema” y otro “oportunidad”.

En estos momentos convulsos e inciertos,
tenemos la oportunidad de abrir nuevas puertas,
encontrar nuevos caminos,
de demostrar que nosotros,
como las pequeñas hormigas,
somos capaces de flotar entrelazados,
hasta que las turbulentas aguas se retiren,
desaparezcan las tinieblas de nuestros errores,
y brille un nuevo sol,
que ilumine nuestro corazón con renovadas esperanzas.

La semilla

Es curiosa la vida.

Cuando somos niños el tiempo parece detenerse, queremos crecer deprisa para disfrutar cuanto antes de los privilegios de ser adulto, y, de repente, en un suspiro, miras atrás y han pasado 40 años.

Hay tantos olores, sabores, colores, que pueden hacerte volver mágicamente a la infancia...son momentos efímeros que te golpean con gran fuerza, y que te dejan el alma llena de una extraña mezcla de nostalgia, tristeza y emoción.

Esta mañana, he vivido uno de ellos, bajo su hechizo, escribo estas líneas para compartirlo contigo.

Durante mi infancia, existía en mi casa un ritual musical sagrado.

Se cumplía todos los días, sin excepción.

Consistía en que mi hermano, gran aficionado a la música, después de cada comida, y antes de ir al colegio por la tarde, rebuscaba entre su más precioso tesoro para compartirlo conmigo.

Su bien máspreciado era su colección de discos de vinilo, cuidadosamente ordenados y escogidos con un gusto y criterio, ahora me doy cuenta, exquisito.

Yo tenía terminantemente prohibido cualquier acceso a esos diamantes negros, su explicación era tremendamente lógica: eran muy delicados y podía romperlos.

La prohibición, como suele suceder, aún sublimó más en mi mente ese momento que se convirtió durante años en el más esperado del día.

Estirados cada uno en nuestra cama, nos sumergíamos en el rock sinfónico de los 70 de la mano de los geniales Pink Floyd, descubríamos la imaginación desbordante de Mike

Olfield y su “Tubular bells”, la flauta endiablada y llena de rebeldía de Jethro Tull...y un largo etcétera.

Yo tenía no más de 6 ó 7 años, y recuerdo como nacían en mi, estirado en aquella cama, con los ojos cerrados, sentimientos que no podía explicar.

La música me traspasaba y me llegaba a lo más hondo.

Era un sentimiento profundo y desbordante.

Yo por aquel entonces, no podía siquiera imaginarlo pero estaba descubriendo a lo que dedicaría mi vida.

Pues bien, ayer, no sé muy bien por qué misterioso proceso mental, ya que nunca en todos estos años tuve esa inquietud, recordé el nombre de uno de mis grupos preferidos de esos tiempos: Camel.

Y, gracias a la magia de Internet, después de casi 40 años localicé el disco que más me llenaba: “*The snow goose*”, editado en 1975.

Esta mañana, en mi particular ritual musical, mientras Mari dormía a mi lado, lo he escuchado.

Por un momento, mi cama se ha transformado en “*aquella*” cama, las emociones en “*aquellas*” emociones, mi corazón ha viajado dolorosamente en el tiempo y grandes lágrimas, con la palabra “melancolía” escrita, han marcado mis mejillas. Sí, he reconocido *la semilla*.

El sonido de la flauta, los arpeggios en las guitarras, la tendencia minimalista, el refinado impresionismo, ese aire celta teñido de resonancias bachianas...

¡Me he visto reflejado en esa música!

Con muy pocos años, mi corazón sabía que aquel sería mi camino, aunque mi cabeza no pudiera ni siquiera sospecharlo, dentro de muy poco nacería en mí una auténtica pasión por la música clásica.

Si me conoces y conoces mi música, posiblemente, tú también lo percibas así.

Pequeño, ínfimo, insignificante...

Me siento en el sofá, enciendo el televisor y sintonizo uno de mis canales favoritos, el “*National Geographic*”.

Es un documental increíble sobre el Cosmos, nada de cambiar de canal, el mando quieto.

En la pantalla un reputado físico de la NASA explica que, cada una de esas miles de estrellas que podemos admirar todas las noches, son, como nuestro Sol, el centro de sistemas planetarios.

Lo escucho estupefacto: nunca me había parado a pensarlo.

O sea, que cada una de esas estrellas, tiene un número indeterminado de planetas girando a su alrededor que pueden ser similares a Marte, a Plutón, a Neptuno... o porque no, a nuestra querida Tierra.

El número de planetas que podemos intuir, con un sólo golpe de vista cada noche, es descomunal, inmenso, podrían contarse por millones.

Sigue hablando...

Comenta que muchas de esas estrellas, aunque las veamos, no existen, “han muerto” hace miles de años, como lo hará algún día inevitablemente nuestro Sol.

¡Caray! (Empiezo a encogerme y a ocupar menos sitio...)

Continúa el físico, mirándome a los ojos, como si supiera que estoy allí...

Pensar en llegar hasta esos planetas a echar un vistazo es impensable.

Incluso a la velocidad de la luz, tardaríamos miles de años. Pero, (siempre hay un pero...), es posible que, si existen otras civilizaciones más avanzadas, hayan desarrollado alguna técnica para pillar “un atajo” de unos miles de años desde su planeta. Ellos están investigando alguna de esas

técnicas, especialmente una llamada “Agujero de gusano”, por supuesto, no saben “todavía” como crearlo pero esperan en los próximos cientos de años llegar a la solución.

Continúa... y la afirmación final me deja KO: es muy posible que, dadas las dimensiones del Universo, los supuestos alienígenas puedan estar observándonos y no considerarnos más importantes que unas simples bacterias.

....glups (pienso yo)

Y empiezo a encogerme,
a encogerme y,
por supuesto,
ahora sí,
cambio de canal.

Sobre el fuego

Hechiza nuestros sentidos con su cálido abrazo.
Tiene la capacidad de devorar el ruido de nuestra mente,
de dejarla volar hacia el vacío interior de nuestros
pensamientos.

Su relación con el hombre está condenada a ser frágil
porque desde el inicio de los tiempos intentó dominarlo,
privarlo de su libertad,
domesticar su poder sobrenatural,
controlar su extraña paz amenazadora.

Fuente de vida y de muerte.

Espejo de la vida.

Reflejo del alma.

Como nosotros,
sus llamas nacen,

se unen,

se separan,

languidecen,

mueren.

Pequeños placeres

Seguramente, todos coincidimos en afirmar en que la vida está llena de un cúmulo de momentos inciertos e inesperados, de hecho, la única certeza con la que contamos es que cualquier cosa puede suceder en cualquier instante.

Todos viviremos, en alguna ocasión, momentos trascendentales, llenos de significado, que marcarán nuestro destino futuro, que requerirán de nosotros una decisión importante para el devenir de nuestra efímera existencia como miembros de la raza humana.

Son momentos que permanecerán para siempre marcados en nuestro calendario interior con colores dorados.

Sin embargo, irremediablemente, nadie, absolutamente nadie, podrá escapar de los zarpazos amargos.

La desagradable sorpresa del dolor, la pérdida inesperada de un ser querido, la tristeza, la desesperación...

Estos, lamentablemente, también dejarán su huella, envueltos en una bruma oscura en algún lugar de nuestro maltrecho corazón.

Pero, son otros los momentos de los que querría hablarte hoy.

Son esos pequeños regalos, que la vida disfraza de detalles insignificantes, y que pasan a nuestro lado silenciosamente día a día.

He de confesar que, a mí, como a la genial y encantadora Amelie, la de la película, me gusta “*cultivar los pequeños placeres de la vida*”.

Se me ocurren algunos:

- Oler a tierra mojada mientras sale el sol después de una tormenta.
- Andar descalzo por la hierba fresca.

- Observar como aparecen aviones iluminados descendiendo a través de las nubes.
- Refrescarse la cara en un arroyo transparente después de una larga caminata.
- Deslizar la mano por el tronco de los árboles.
- Tumbarse a escuchar el canto de los pájaros...

Pero, mi pequeño y secreto placer preferido, es observar a las personas cuando piensan que nadie las mira.

Sí, he disfrutado momentos de gran belleza con esta práctica.

Mi teoría es que cuando hacemos algo que nos gusta y pensamos que estamos fuera de la atención de los demás, nos quitamos nuestra “máscara” diaria y aflora nuestra esencia más profunda y escondida.

Recuerdo una ocasión en la que hubiera podido pasarme horas fascinado mirando a una joven desconocida mientras comía, envuelta por una luminosidad y una gracia que recuerdo casi sobrenatural.

Son momentos mágicos y a la vez, sencillos.

Multitud de pequeñas oportunidades que se deslizan diariamente ante nuestros ojos con la esperanza de ser reconocidas.

Son las que decantan la balanza definitivamente hacia una afirmación, que no por repetida y tópica, deja de ser menos cierta: a pesar de todo, la vida es bella.

El tiempo y el dolor

El tiempo no cura el dolor, sólo lo anestesia.

Muchas veces...

Muchas veces, en la vida, es necesaria la noche más oscura para poder apreciar las estrellas.

El buen profesor

Un buen profesor es alguien que te acompaña, te ayuda a descubrir quién eres, de qué manera puedes desarrollar tus cualidades para servir a los demás y te advierte de los peligros que encontrarás por un camino que él ya ha recorrido.

Sobre el silencio

El silencio une más que las palabras.

Sobre la soledad

La más grande tragedia de la raza humana.

Atravesar la vida sin interesar a nadie.

Hablar sin ser escuchado.

Sufrir sin inspirar compasión.

Perder el tiempo

La relatividad del tiempo me aterra y me fascina.

Nuestra infancia pasa en apenas un suspiro y de repente nos encontramos en la mitad de la vida, observándola con nostalgia.

Cuando somos felices el tiempo huye deprisa y en el dolor, en el sufrimiento, los minutos parecen eternos.

Es el bien máspreciado que poseemos.

Si él termina se acaba todo

No sabemos el que nos queda, cada minuto puedo ser el último y una cosa es segura, mientras la vida

avanza nuestro tiempo disponible retrocede.

Es normal pues que a todos nos aterre “perder el tiempo”. Todos deberíamos repetir mentalmente cada día al despertarnos “Karpe diem”, aprovecha el momento, la genial frase de la película *“El club de los poetas muertos”*.

Pero aprovechar el momento no significa trabajar más, hacer “más cosas”, correr más deprisa.

Yo creo que es más bien hacer en cada momento lo correcto. Conocer nuestro ritmo interno, gestionar bien nuestro tiempo libre, escuchar nuestro cuerpo y nuestra alma, aprender a “no hacer nada”, a abrir los ojos y observar.

Vivir con intensidad el momento presente es un arte que requiere una alta sabiduría, es la única arma de que disponemos para luchar contra el tiempo.

En cada minuto y en cada segundo, donde quiera que estés, ocurren cosas extraordinarias, para apreciarlas, sólo hace falta sentarse, contemplar y escuchar.

Sobre la paz

“Paz”, “Amor”, “Felicidad”, son palabras esenciales en la existencia humana.

Maltratadas por nuestros labios, parecen injustamente vacías y sin significado, cuando van de boca en boca como un mero trámite.

Estos días he estado pensando especialmente en la primera de ellas: la paz.

-¿Qué es la paz?

Muchos responderíamos... que no haya guerra.

Asociamos inmediatamente la paz al conflicto bélico, a la ausencia de enfrentamiento de cualquier tipo entre las

personas, a la armonía en el trato verbal o físico con los demás.

Yo prefiero pensar en ella de otra forma.

Me interesa esa paz que sentimos cuando realizamos verdaderamente lo que creemos correcto, cuando miramos a nuestro alrededor y sentimos que estamos en el lugar adecuado para poder desarrollar nuestras cualidades, cuando al final del día, cerramos los ojos y podemos decir, con la mano en el corazón, que no hemos dañado a nadie conscientemente y hemos intentado mejorar y hacer el bien en todas nuestras acciones.

La paz, profunda e interior, es la más valiosa, rara y difícil de encontrar, es la que debemos buscar toda la vida...ojalá tengas la dicha de encontrarla.

El lenguaje de Bach

Cada compositor tiene su aroma, su color, su paisaje.

Ravel y Debussy saben a mar, a flores en una cálida y mágica noche de verano a la luz de la luna.

Mozart es elegante, divertido, curioso, siempre equilibrado.

Beethoven desafiante y altanero, increíblemente lógico y coherente en su desarrollo musical.

Wagner grandilocuente, profundo y ambicioso.

Strawinsky es abrupto, fantasioso, inesperado.

Con Sibelius podemos sentirnos prácticamente dentro de la propia naturaleza, en las cumbres heladas de Finlandia.

Pero, el lenguaje que más me impresiona es el de Bach, con él no hay espacio para la banalidad, para la ligereza, para el pasatiempo.

Cada frase, cada nota, encierra una trascendental pregunta

sobre el sentido de la vida.

Siempre tengo la sensación de que su música habla de los grandes temas que han interesado a la humanidad desde el principio de los tiempos: el amor, el perdón, la amistad, la alegría, la tristeza, el alma, el más allá...

Sí, su música encierra preguntas y, probablemente, también las respuestas.

El abismo interior

Para que la luz brille es necesaria la oscuridad.

Todos tenemos una parte oscura, peligrosa, que nos atrae, un abismo interior contra el que debemos luchar.

Sabemos que nos oscurece el alma, que es dañina, pero forma parte de nosotros y no podemos renunciar a ella.

En nuestro interior hay anhelos ocultos que van más allá de los pensamientos.

Tratamos de convencernos que somos libres, pero cuando esos anhelos, esas pasiones, nos susurran una orden, cuesta mucho oponer resistencia.

En ese momento debemos demostrar, más que nunca que, por encima de todo, amamos la luz y sólo en ella podemos hallar la felicidad.

La guitarra no se oye

En el Conservatorio de Monzón, donde enseño, hay un “magnífico” Auditorio: una antigua iglesia remodelada con un techo altísimo en el escenario que proporciona una acústica nefasta a nuestra querida Guitarra.

Si queremos ser escuchados más allá de la tercera fila, los solistas de este instrumento nos vemos, irremediabilmente

obligados a usar amplificación.

Pues bien, hablando de este tema, en una reunión de profesores, uno de ellos se dirigió a mi, en tono más bien irónico y despectivo, diciendo “Los guitarristas da igual que toquéis o no, es un instrumento que nunca se oye...”

Muchas veces he pensado si esta característica de nuestro instrumento puede considerarse realmente un defecto o, más bien, una cualidad.

La guitarra es un instrumento delicado e íntimo, exige de unas condiciones especiales, de un silencio profundo para ser apreciado en su totalidad.

Su voz no es enorme, ni pretenciosa, es más bien sencilla y delicada; aún así, es capaz de los más contrastados matices, que van desde el sentimiento más dulce y sutil hasta la fuerza o la rabia.

Todas las frases más bellas que he escuchado en mi vida, me han sido dichas al oído, en susurros o en voz baja, nunca gritando o chillando...quizás sea por esto que ame tanto a la Guitarra.

Música en el silencio del alba

La tecnología informática, no hay duda, ha revolucionado el mundo de la música, en mi opinión, algunas veces para bien y otras para mal.

La facilidad con la que podemos acceder a ella y la abrumadora cantidad de información que está a nuestra disposición a la distancia de “un click”, pueden hacernos creer que no tiene valor, que es algo perecedero, de usar y tirar.

Este es el gran peligro.

Pero sería radicalmente injusto quedarnos sólo con lo malo, las ventajas son, hay que reconocerlo, inabarcables : podemos encontrar cualquier obra, información sobre el compositor, sobre el intérprete, imágenes, vídeos, en cualquier punto del mundo y la Gran Música está al alcance de cualquiera que posea un ordenador conectado a Internet.

Otra cosa es el uso y la calidad con que utilizamos esta inmensa información.

Para un compositor eminentemente autodidacta como yo, es evidente que escuchar mucha música es fundamental, es el alimento principal del que se nutre mi inspiración.

Para escuchar, fíjate que no digo oír, música de verdad, se necesita una predisposición interior especial: un estado de alerta tranquila, no tener prisa, disponer de tiempo.

Las condiciones ambientales también son muy importantes: silencio, comodidad, aislamiento... la buena música es exigente y requiere los cinco sentidos para que penetre en profundidad.

En estos “ruidosos” tiempos, donde tanto cuesta encontrar el silencio y la paz, dominados por los móviles, los correos electrónicos, los miles de atractivos de programas,

filmes y documentales que nos ofrecen por televisión, he descubierto que cada vez me cuesta más encontrar ese momento ideal en que pueda escuchar música en calma sin ser perturbado.

Hace unos años, encontré un sistema que me está proporcionando mi ración musical diaria con gran satisfacción.

Mi hijo Albert, me compró unos magníficos auriculares Sony que, junto a un minúsculo reproductor mp3, puede contener horas y horas de música. En él he recopilando las obras más sublimes, magníficas, de todos los estilos y épocas que he podido imaginar.

Pues bien, siempre duermo con mi reproductor al lado.

Tengo la suerte, o la desgracia según se mire, de despertarme muy temprano y en esos momentos de semiinconsciencia, en la oscuridad y en el silencio del alba, mientras siento el cuerpo y la respiración tranquila de Mari a mi lado, puedo disfrutar con intensidad de la música.

Con los ojos cerrados, sin ningún orden concreto, desfilan ante mis oídos obras de todos los tiempos, nada se mueve, fuera la ciudad todavía duerme mientras yo, poco a poco, voy despertando mientras la música da paso al nuevo día. Los auriculares me permiten saborear hasta los más sutiles detalles de orquestación sin interferencias.

Hay veces en que mis sentidos se desperezan poco a poco y otras en las que sucumben de nuevo al sueño y la música sigue sonando, conduciendo mi subconsciente en alguna misteriosa aventura onírica que, seguramente, nunca recordaré, pero quedará grabada dentro de mí en algún lugar de mi cerebro.

Me gusta que mi primer contacto con la realidad del nuevo día, después de saborear, en cierta forma, la muerte disfrazada de sueño, sea con la Música, con el Arte, que

perdurará para siempre, proyectando un rayo de esperanza y eternidad a todos los que sean capaces de encontrar el momento adecuado para detenerse, en esta locura que es la vida, a apreciar su belleza.

Sobre la ambición

Gracias a nuestra orquesta Ensemble XXI, he tenido la gran suerte de conocer y hablar largamente sobre muchos aspectos de la música y de la vida, con grandes maestros, algunos de ellos, podríamos considerar, están “en lo más alto” a nivel profesional considerados como grandes figuras dentro de su especialidad.

Son muchas las cosas que aprendo y me impresionan en estos encuentros, muchas veces, he de confesarlo, a nivel personal, me han decepcionado y he descubierto que, detrás de una brillante carrera puede esconderse una persona infeliz, insatisfecha con lo que tiene, insegura como un barco sin rumbo que todavía no ha encontrado su destino y, a pesar de haber conquistado grandes logros, seguirá sin encontrarlo.

Una vez, uno de ellos, quizás uno de los más considerados, hablando de uno de sus alumnos dijo la siguiente frase: “Lo tiene todo para triunfar: talento, trabajo y es muy ambicioso”

Entiendo el sentido de la frase, naturalmente, el maestro quería destacar las cualidades indispensables para triunfar en este competitivo mundo: el talento obviamente es necesario, trabajar, como no, hay que hacerlo muchísimo, pero...¿ser ambicioso?...Esta palabra, me sonó muy mal en su momento y aún ahora, tengo serias dudas de si podemos considerar la ambición una cualidad o...un

terrible defecto con consecuencias desastrosas.

El afán de superación es sin duda una gran cualidad, el querer ser mejor cada día que pasa, caminar hacia una meta, luchar por un sueño... ¿es eso la ambición?

De eso no estoy tan seguro.

La ambición, como yo la entiendo, es como un saco sin fondo: nunca está satisfecha, siempre quiere más y más, busca su objetivo sin tener en cuenta los daños que pueda ocasionar a los demás, está por encima de todo, puede convertirse en un veneno para el alma, un veneno que nos carcome por dentro y nos aboca irremediabilmente hacia una amarga infelicidad perpetua.

Yo siempre he imaginado que el mundo es como un enorme puzle incompleto, en el que cada cual ha de encontrar su lugar, por supuesto, quiero pensar que hay miles de lugares donde encajamos, donde podemos realizar la misión a la que estamos destinados, donde nuestras cualidades, únicas e irrepetibles, encajan y brillan haciendo que nos sintamos útiles al servicio de los demás. Nuestro paso por el mundo debería ser una búsqueda de ese lugar, y antes de eso es necesaria una profunda mirada hacia adentro para conocernos, para escuchar lo que nos dice nuestro corazón.

La verdadera felicidad es andar por la vida con los ojos abiertos a las “señales” que nos indican que nos acercamos poco a poco a nuestro destino, que, a veces nos cuesta reconocerlo, es muy diferente de lo que sería “triunfar” según los parámetros del Siglo XXI, es decir: dinero, fama, poder.

Es una gran fortuna encontrar nuestro lugar aunque, es posible, que nuestra misión sea únicamente eso, andar lentamente hacia adelante, disfrutando de la maravillosa aventura de la Vida.



Karma Phunsok Dorje
Lleida, junio de 2016